

Retratos olímpicos

Alejandro Toledo



1. El primer cronista

No había jueces con cronómetro en mano ni cámaras fotográficas o de video para registrar la hazaña. Tampoco grandes estadios. Lo que ahí se veía quedaba en la memoria de los asistentes, y de su recuerdo más amplio se encargaban, acaso, los aedos con sus cantos (a falta de un Enrique Burak o un José Ramón Fernández). De uno o muchos de estos aedos recibió el poeta Homero la historia del sitio de Troya y del

largo regreso de Ulises a Ítaca, con las que compuso la *Iliada* y la *Odisea*.

Así podemos recordar, entre otras, esa jornada en la mansión del rey Alcínoo, donde luego del banquete el anfitrión quiso mostrar a Ulises, el astuto inventor del caballo de madera, cómo sus hombres sacaban ventaja en luchar con el cuerpo y los puños y en salto y carrera. Lo invita, pues, a presenciar unos juegos que eran, en tiempos de paz, una manera de ejercitar el músculo y estar prestos para alguna guerra posible.

Homero funge aquí como cronista deportivo. No hay cortes comerciales ni marcas patrocinadoras. La transmisión se inicia cuando Alcínoo encabeza la procesión para ir a ver el certamen. Pronto se organiza la primera competencia: la carrera. En la línea de salida se colocan los tres hijos del rey: Laodamante, Halio y Clitoneo. Y los demás participantes: Acróneo, Ocíalo, Elatres, Nautes, Primnes y Anquíalo, entre otros. ¡En sus marcas, listos...! “A la llana salieron a un tiempo, se lanzaron veloces alzando una gran polvareda y el cabal Clitoneo ganóles con mucho a los otros: cuanto alcanza

La revista *Bien Común* agradece al escritor e integrante del Sistema Nacional de Creadores, Alejandro Toledo, compartir con nuestros lectores el presente capítulo de su libro *Todo es posible en la paz. De la noche de Tlatelolco a la fiesta olímpica*, de próxima aparición bajo el sello de la UAM-Xochimilco.

al arar en barbecho yugada de mulas les sacó de ventaja al volver donde estaba la gente”.

A las carreras les siguen cuatro actividades más, y cada una tiene su mejor atleta, el héroe de la especialidad: “En la lucha penosa probáronse luego y Euríalo la partida ganó a los mejores; Anfíalo en el salto a ninguno del pueblo encontró superior, mas Elatres en el disco su fuerza mostró sobre todo y un púgil no se halló como el buen Laodamante, nacido de Alcínoo”.

Se les ocurre a los competidores invitar al huésped Ulises, de quien hasta entonces ignoran su identidad, a compartir los juegos, “pues no existe una gloria mayor para el hombre que aquello que realizan sus pies y sus manos”. Pero Ulises viene de diez años de guerra en Troya, siete de prisión íntima con Circe, y otras peripecias más, por lo que no está precisamente en forma. Rechaza en principio la oferta pero es provocado por Euríalo, que le dice: “No parece, extranjero, que seas varón entendido en los juegos que suelen tenerse entre hombres”. Ulises, molesto, le responde: “Mal hablaste, mi huésped: pareces persona sin seso”. Y sólo para demostrar que a nadie teme va por un disco y lo arroja más lejos que cualquiera de los competidores locales. Invita a quien quiera a medirse con él con los puños, el cuerpo o los pies, y presume saber del manejo del arco y la lanza. Sólo en la carrera no

crea triunfar, pues entre tanto viaje y tantas pruebas divinas sus rodillas han perdido vigor.

Al verlo lanzar el disco tan lejos y oírlo hablar así, los feacios no salen de su asombro y se desisten del reto: declaran las justas terminadas.

Al banquete siguieron los juegos, y a los juegos seguirá el baile: “Ya en medio el cantor, los donceles, casi niños aún, sabedores del baile, en contorno, a compás golpearon la pista pulida y Ulises el veloz centellar de sus pies contemplaba embebido”.

He ahí, narrados por Homero, los que podrían ser considerados los primeros Juegos Olímpicos de la época antigua. Los primeros, acaso, de los que se tenga noticia escrita.

2. El barón

El nombre del barón Pierre de Coubertin resonó la noche de la inauguración de los Juegos Olímpicos de Atlanta 96, los Juegos del Centenario. ¿A quién se recordaba? ¿A otro aristócrata del Comité Olímpico Internacional?

Nada de eso. Era el recuerdo de una vida a la que iluminó el ideal olímpico, es verdad, pero que acabó llena de sombras: las enfermedades que acosaban a los hijos de Pierre de Coubertin, una pobreza que terminó siendo extrema.

Hay que fijar tiempo y lugar: Francia, siglo XIX. La madre de

Pierre era normanda. Puede pensarse que en la contemplación de Marie-Marcelle Gigaut de Crisenoy, nieta del marqués de Mirville, el niño Pierre concibió los Juegos Olímpicos: ella practicó esgrima en su infancia, sabía griego y latín, dibujaba y tocaba el piano... Deporte y arte estaban unidos en esa figura protectora. Extraña que ante tal modelo tiempo más tarde Pierre se opusiera a la participación de las mujeres en Juegos Olímpicos, pues consideraba impropio de lo femenino la práctica de ejercicios violentos.

El padre de Pierre, de nombre Charles Fredy, presumía el título de barón de Coubertin concedido en Inglaterra en 1611 y que no tenía validez en Francia. Era pintor. Viajero, además, guardaba en los lienzos imágenes de sus recorridos por Europa. Su gran pasión fue Italia.

Juntos, Charles y Marie-Marcelle procrearon cuatro hijos: tres varones y una dama. Pierre era el más joven, y se sentía particularmente unido a su hermana, siete años mayor.

Al pueblo de Mirville, en que vivía la familia Coubertin, lo sorprendió la guerra franco-prusiana de 1870. El padre preparó a los jóvenes para defender su territorio, sin que al parecer tuvieran que actuar. Esa crisis fue excepción en una vida que transcurría entre Mirville, la playa de Etretat –25 kilómetros distante, donde los

Coubertin pudieron encontrarse con Guy de Maupassant— y París, la capital del siglo XIX, la ciudad de la moda y el arte.

A Pierre de Coubertin le enojaba ser “hijo de baronett”. Acudió a los salones pero terminó por hartarse de ese ambiente ligero que tan bien retrató Marcel Proust en su monumental novela *En busca del tiempo perdido*. Pierre fue tomando decisiones contrarias al espíritu Coubertin: evitó la escuela militar y se matriculó en derecho. Su familia era

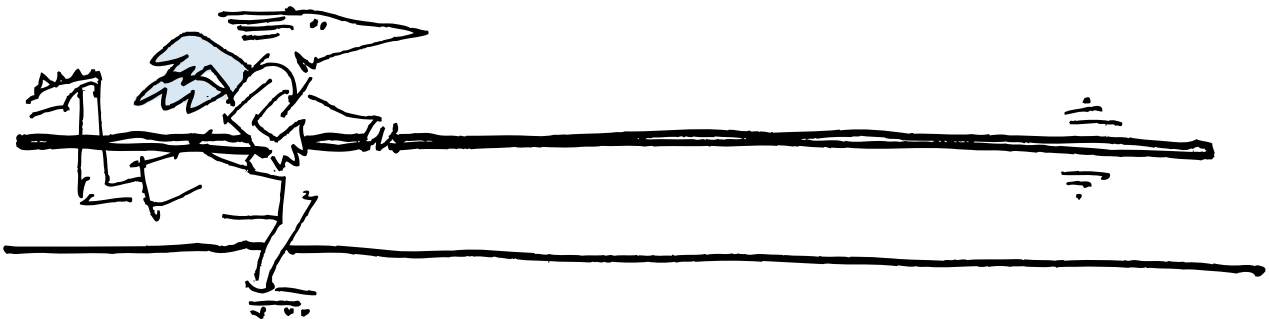
aristócrata se convirtió en empleado; de sus hijos, Jacques quedó desde niño condenado a la silla de ruedas; y su hija René permaneció soltera y mentalmente desequilibrada.

Ante tantas desgracias su mujer terminó por ejercer una dictadura similar a la que sufrió León Tolstoi al final de sus días, también bajo la mirada rigurosa de la compañera.

El anciano Pierre de Coubertin decía en sus últimas horas que

(sólo 26 mujeres) de 22 países para competir en 21 especialidades deportivas.

Frente al castillo de Windsor está por comenzar la maratón. La reina Alejandra funge como testigo de honor. Junto a ella está Pierre de Coubertin. Todo es gala, glamour. Los jueces llevan trajes oscuros, y altavoces cónicos o canónicos. Sombreros o cachuchas, casi todos. Las mujeres, elegantes vestidos de calle. Lo atletas se pierden en pantalones que



monárquica, y él se hizo republicano. Terminó en la Escuela de Ciencias Políticas de París. Y en 1895 se casó con una joven alsaciana, Marie Rothan, siendo él católico y ella protestante.

Su frecuentación de los círculos sociales, no obstante, lo ayudó en la realización de su sueño olímpico, para el que expuso todo su capital. Lo bueno que hizo para los hombres terminó siendo malo para él. El final de su historia es triste, pues vivió y murió entre desgracias familiares y económicas. El barón, de burgués o

confiaba no en el hombre pero sí en la humanidad. Es lo que ha sido llamado su pesimismo individual y su optimismo colectivo. Por lo que se ve, tenía razones para pensar de esa manera. Sobre todo en lo que se refiere al pesimismo.

3. “Il bambino”

Esta es la historia de Dorando Pietri. Juegos Olímpicos de Londres. Año 1908.

Un día más y acaba la fiesta que ha iniciado el 13 de julio ante el rey Eduardo VII y la reina Alejandra, con 2,059 atletas

sólo eufemísticamente pueden llamarse cortos. Zapatos tenis, además, sin calcetas: el pie desnudo, pues.

Es un mediodía esplendoroso. Los atletas olímpicos comienzan a ser considerados como héroes, nuevos dioses de un siglo que habrá de sufrir dos batallas mundiales y muchas guerras civiles. Entre los 56 competidores que decidieron correr la maratón —hubo abandono masivo antes de iniciar, por el calor agobiante— están el italiano Dorando Pietri, el sudafricano Charles

Hefferson y el estadounidense Johnny Hayes.

Un disparo que apunta hacia las nubes da la señal de arranque. Las casi tres horas que dura la prueba son seguidas por los londinenses: la ilusión es que gane uno de ellos. Lo que les causaría malestar en el espíritu sería que un americano, un estadounidense, cruzara la meta en primer lugar. La rivalidad trasatlántica es feroz.

En la maratón los de casa nada pueden hacer. El que va en la punta es el sudafricano Charles Hefferson. ¿Tendrá él la medalla de oro? Faltan seis kilómetros cuando Hefferson se derrumba, claudica. ¿Quién viene atrás de él? Es el italiano Dorando Pietri, un hombre de 23 años, un metro 59 de estatura y una sonrisa seductora que le alarga el mostacho. Va en pantalones rojos que parecen flotar en sus piernas, una playera clara oscurecida por el sudor.

Dorando entra como primero en un estadio de White City que ha recibido a miles de espectadores, los cuales sueltan el alarido al confirmar que el puntero no es americano.

Los sentimientos se le confunden a Dorando, el pequeño hombre. “El sol, el calor, y esos malditos gritos en las tribunas”, va pensando. Su entrada al estadio es equívoca: toma rumbo incorrecto, por la izquierda en lugar de por la derecha. Lo corrigen a tiempo, por fortuna. Va ya por la

pista y a los pocos segundos se desploma. Sufre de convulsiones. Se recupera. Vuelve a caer. Así, en cinco ocasiones. Como un Cristo.

—¡Levántese, Dorando, levántese! —le grita un doctor de apellido Bugler, que a partir de ese momento no se despegará del corredor.

Llega Dorando a la meta con el apoyo del doctor y de otro oficial olímpico.

—¡La camilla, este hombre está muy mal! —ordena e informa Bugler.

Del estadio llevaron a Dorando al hospital, donde ganó la carrera —que no ganó Fidípedes al correr de Maratón a Atenas— entre la vida y la muerte. El doctor Bugler le dio masaje en el corazón, y Dorando siguió en el mundo.

Al recuperarse, al recobrar el reconocimiento, Dorando Pietri no dejó de llorar: la delegación estadounidense había presentado una protesta pues el bambino llegó a la meta sostenido por dos hombres. Y eso no se valía.

Algo más. Lo que también se descubrió en el hospital es que Dorando había ingerido sustancias que entonces no estaban prohibidas pero que podían ser las causantes tanto de su hazaña como de su derrumbe físico: atropina y estricnina. La descalificación no tomó en cuenta ese detalle. El

Comité Olímpico Internacional no se ponía aún de acuerdo en tales cuestiones, y no existía la famosa definición de doping dada en 1963 en un coloquio celebrado en Uriage, Francia: “Se considera doping la utilización de sustancias o todo medio destinado a aumentar artificialmente el rendimiento, en vista o en ocasión de la competición, y que puede perjudicar a la ética deportiva y a la integridad física del deportista”.

Nada de esto se discutía entonces. Eran otros tiempos. Para desdicha de los anfitriones, el americano Johnny Hayes fue declarado vencedor. Cronometró 2 horas, 55 minutos, 18 segundos y 4 décimas.

La bandera italiana, que ya ondeaba en el estadio, tuvo que ser arriada. Pero al día siguiente, último de los Juegos, la multitud ovacionó a Dorando Pietri. La reina Alejandra le otorgó una inmensa copa dorada en testimonio de su esfuerzo.

—No tengo ni diploma ni medalla ni laurel que entregar, señor Dorando —le dijo—, pero he aquí una copa de oro para premiar su esfuerzo. Espero que no se llevará sólo malos recuerdos de nuestro país.

El 25 de noviembre de 1908, cuatro meses después de los Juegos Olímpicos de Londres, en el Madison Square Garden de Nueva York ocurrió el revancha entre Pietri y Hayes en pista cubierta: Pietri recorrió los 48,182 kilómetros

en 2:44,50; el americano lo hizo en 45 segundos más.

La fama de Dorando Pietri no acabó ni con su muerte. Alguien que se hacía pasar por el maratonista iba de país en país celebrando la gesta olímpica, y obteniendo beneficios.

4. El salvaje olímpico

Los últimos años de John Weissmuller quizá no sean reflejo de la manera como transcurrió su vida: la enfermedad lo fue diezmando poco a poco, mientras él contemplaba, sereno y desde una terraza, las bahías de Acapulco. Los mares, las aguas, se despidieron lentamente de Tarzán. En tanto, él olvidaba y recordaba. El pasado se fue tornando distante, misterioso. ¿Qué pasaría por la mente de aquel anciano? ¿Cuál era la síntesis de una historia compleja que abarcaba más de siete décadas del siglo XX? ¿Sus fulgores olímpicos en los años veinte o las apariciones en la década de los treinta en las selvas de Hollywood como Tarzán, el personaje de Edgar Rice Burroughs? Juran que a sus 77 años todavía gritaba ese largo llamado a los animales con la profundidad del personaje que encarnó.

En el inicio fue la enfermedad. La poliomielitis atacó muy pronto al pequeño Johnny, nacido en Winbar, Pensylvania, en 1907. La familia buscó remedios para el mal, y les fue recomendada la natación como terapia. El alivio fue tan real que

al poco tiempo el muchacho ya competía y era considerado como de los mejores en 100 y 200 metros libres. A los quince años rompió el récord del mundo en la carrera más rápida de la natación. A los diecisiete lo encontramos en los séptimos Juegos Olímpicos y una ciudad de París que todavía era una fiesta.

Véase si no: el barón Pierre de Coubertin había soñado que la Olimpiada ocurriera en su Francia querida. Por primera vez se construyó una “ciudad olímpica”, que alojó a 3,092 atletas de 44 naciones; 19 deportes, 129 pruebas. El fondista Paavo Nurmi, “el finlandés volador”, tendía a convertirse en el rey de la Olimpiada: obtuvo cuatro medallas de oro...

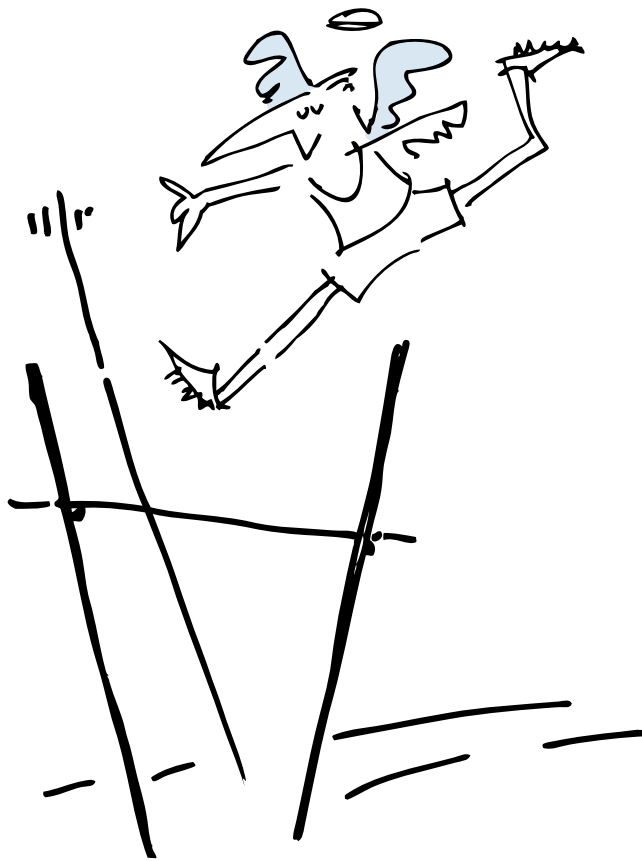
Pero apareció John Weissmuller y sorprendió al cubrir por primera vez los 100 metros de nado libre en menos de un minuto; 58,6, para ser precisos. Los que habían asistido ese día a la piscina de Tourelles tomaron el logro como una hazaña. John Weissmuller se había impuesto, además, al doble campeón del mundo Duke Kahanamoku y a su hermano Samuel. Volvió a adelantarse al grupo en la final de 400 metros, en la que participaban el campeón sueco Arne Borg y el austriaco Andreu Charlton. Llevaba Johnny dos medallas de oro. Faltaba una: la obtuvo en los relevos de 4 por 200, mejorando su equipo el récord mundial con 9,53,4.

Cuatro años después, en los Juegos Olímpicos de Amsterdam, se llevaría dos medallas más de oro: en 100 metros libres y 4 por 200.

Una palabra explica el encuentro de John Weissmuller con la actriz Lupe Vélez, “la dinamita mexicana”: Hollywood. Weissmuller fue llamado a la Meca del cine comercial para representar al hombre mono. Filmó *Tarzan the ape man* y *Tarzan and his mate*, en 1932 y 1934. En esta última tenía como compañera sublime a Maureen O’Sullivan. Ese fue el comienzo de una saga para la que serían llamados otros campeones olímpicos.

Por esos tiempos Lupe Vélez filmó *Dynamita*, y a su actuación la rodeó una vida sentimental que alimentó el mote explosivo. Al tiempo que seguía su carrera en las pantallas, actuaba en el Ziegfeld Follies de Nueva York con la revista musical Hot Chá. Lupe Vélez tuvo un romance con Gary Cooper que casi termina en matrimonio: la familia y los productores del actor se opusieron a tan detonadora unión, y al sucumbir él a estas presiones ella quedó dolida para siempre. Al rompimiento siguió la depresión, y luego el encuentro con el salvaje olímpico. Esta vez la boda sí se realizó, y hubo una real o aparente felicidad... por cinco años.

Dos imágenes de Johnny Weissmuller: en los años veinte, sus triunfos olímpicos en París



1924 y Amsterdam 1928; en los treinta, sus apariciones en las selvas californianas como Tarzán, el rey de los monos. Y una pausa larga que lo deja viviendo y muriendo en una playa mexicana, con el confuso recuerdo de lo que fue o pudo haber sido. ¿No termina la vida por convertirse en un sueño?

John Weissmuller murió en Acapulco en 1984.

5. James de Cleveland

Los encendidos discursos de Adolfo Hitler callaron, ese 4 de agosto de 1936, ante las morenas piernas de Jesse Owens.

Eran los Juegos Olímpicos del orgullo ario. Los alemanes consiguieron más medallas que ninguna otra selección, sí,

pero el recuerdo y la gloria se centraron, al fin, en ese hombre de piel oscura que llegó a Berlín a finales de julio, y que tuvo momentos espectaculares –cuatro medallas de oro– en la pista olímpica ante la mirada atónita del Führer.

El conde de Baillet-Latour, sustituto del barón Pierre de Coubertin en la presidencia del Comité Olímpico Internacional, había advertido a Hitler: “Ruego que usted considere que es aquí, en los Juegos Olímpicos, un huésped y no un organizador. El organizador es el COI, que velará para que estos Juegos se desarrollen sin propaganda política...”

La mezcla de planos –lo ideológico y lo deportivo– fue

inevitable. El saludo olímpico se confundió con el de los nazis. Cuenta, por ejemplo, Andrés Calavera Gómez, que fue parte del equipo mexicano de basquetbol que asistió a la olimpiada de Berlín:

“Ahí íbamos, desfilando entre aplausos y gritos. Y que llegamos frente al palco de honor y conforme lo que estábamos acostumbrados, hicimos el saludo olímpico: levantamos el brazo derecho. La gente dio un alarido y nos ovacionó. ¡Pensaban que estábamos haciendo el saludo nazi...!” (Véase *Medallistas olímpicos mexicanos*).

La lucha de los arios contra las otras razas marcaba la necesidad de mostrar una imposible superioridad huma-

Los encendidos discursos de Adolfo Hitler callaron, ese 4 de agosto de 1936, ante las morenas piernas de Jesse Owens. Eran los Juegos Olímpicos del orgullo ario. Los alemanes consiguieron más medallas que ninguna otra selección, sí, pero el recuerdo y la gloria se centraron, al fin, en ese hombre de piel oscura que llegó a Berlín a finales de julio, y que tuvo momentos espectaculares —cuatro medallas de oro— en la pista olímpica ante la mirada atónita del Führer

na. Y atrás del Tercer Reich estaban dos artífices maquiavélicos: Goebbels y Avery Brundage. Este último llegaría a ser presidente del COI y llevaría a Alemania otros fatídicos Juegos Olímpicos, más de treinta años después.

Si los Juegos de Atlanta serán recordados como la desmitificación del sueño americano y el imperio del caos (ese ilógico estilo de vida que se ha ido reproduciendo malévolamente en todo el planeta, y que tuvo en Georgia una concentración que fue escaparaté), los de Berlín en 1936 como los Juegos de la gran ideología derrumbada.

El aparato propagandístico del nazismo se desplomó por la veloz carrera de James Owens, hijo de un aparcerero de Alabama.

James Owens, nacido el 12 de septiembre de 1913 en Danville, Alabama, obtuvo el “Jesse” de modo accidental. Las mudanzas familiares en busca de trabajo lo hicieron ir de Alabama a Cleveland. Una

maestra le preguntó su nombre y él respondió:

—J. C. Owens —lo que quería decir: James Owens de Cleveland, mas la maestra juntó la jota y la ce (lo que en inglés suena “yesi”), y escribió: “Jesse Owens”.

La visita al colegio del campeón olímpico Charley Paddock decidió al muchacho en sus aspiraciones en la pista. A los 18 años Jesse ya cronometraba 10,3 en los cien metros planos con un viento ligeramente favorable. Sus logros atléticos le abrieron el camino hacia la Universidad de Ohio. El 25 de mayo de 1935, un año antes de los Juegos de Berlín, en sólo cuarenta y cinco minutos igualó un récord del mundo y batió otros cuatro. Con ello se abrió camino hacia la Olimpiada.

A diez kilómetros de Berlín estaba la Villa Olímpica. Los alemanes preferían llamarla “pueblo”, y se vivía efectivamente como en un pueblo, y no como en una ciudad enferma estilo Atlanta 96.

Cuenta Calavera Gómez: “Había calor y color en esa villa. Temprano, en las noches, sacábamos las guitarras y nostálgicos, nos poníamos a cantar. Eso atrajo a muchos deportistas de varios países: de China, de Italia, Francia, Japón, Estados Unidos; en fin, de un chorro de delegaciones. Todos se acercaban a nosotros. [...] Otro visitante distinguido era Jesse Owens, a quien le gustaba mucho la música mexicana. Sus canciones predilectas eran ‘Cielito lindo’ y ‘La borrachita’. [...] Owens era un negro muy alto y muy amable, sencillo en todo momento. Nosotros festejamos sus medallas como si hubiesen sido nuestras”.

El punto de quiebra de la fiesta nazi ocurrió sobre todo el 4 de agosto en el salto, con el duelo entre el alemán Lutz Long y el estadounidense Jesse Owens. Hubo un instante en que la sonrisa de Hitler parecía adelantarse a los resultados: cuando Long consiguió 7,87 metros. El atleta alemán alzó el brazo y saludó al Führer, como para brindarle el

triumfo. ¿Qué podía hacer ese “auxiliar africano de los americanos”, como llamó Hitler a Owens, luego de esa incuestionable demostración de poderío? Owens ya había ganado los 100 metros planos un día antes; además de la prueba de salto le esperaban los 200 metros planos (consiguió el oro con 20,7 segundos) y el relevo de 4 por 100 (donde Estados Unidos también lograría el primer lugar con 39,8 segundos). El forzado duelo arios/negros se dio, pues, en el salto largo.

Era el segundo intento para Owens: toma la carrera, se impulsa, salta... ¡7,94!

Loco de furia, Hitler abandona el estadio. Y no verá, por lo mismo, la siguiente hazaña de Jesse, al que le faltaba el tercer salto: ¡8,06!

Triunfo indiscutible. El alemán Lutz Longo corrió a felicitar al negro, al que consideró desde entonces como su amigo.

Jesse Owens: esplendor y caída. Terminó siendo atracción de circo: corrió contra caballos en Nueva York y Chicago, y también contra jugadores de beisbol, automóviles, camiones y perros. Viajó como masajista a los Juegos Olímpicos de México, en 1968, y lloró a los muertos israelíes en Munich 72, entre otras apariciones.

Al morir, el 31 de marzo de 1980, se ocupaba de vender sellos y monedas olímpicos.

6. Los muertos

En el barrio de Tel Aviv, donde creció, Gur Weinberg no ha

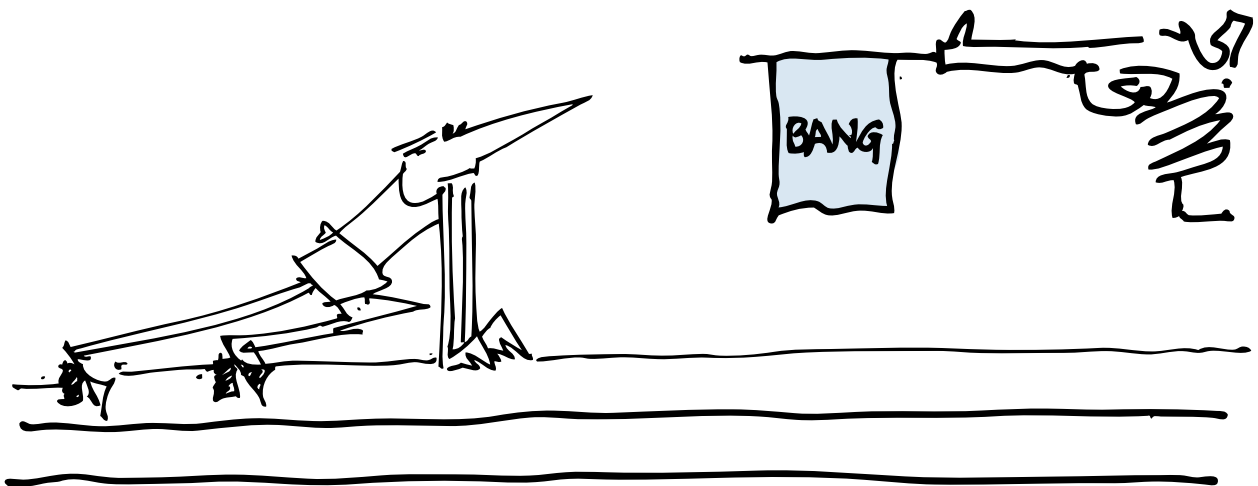
podido escapar a la memoria de su padre. “Muchas personas dicen que me parezco a él y me muevo como él. Me lo dicen todo el tiempo.”

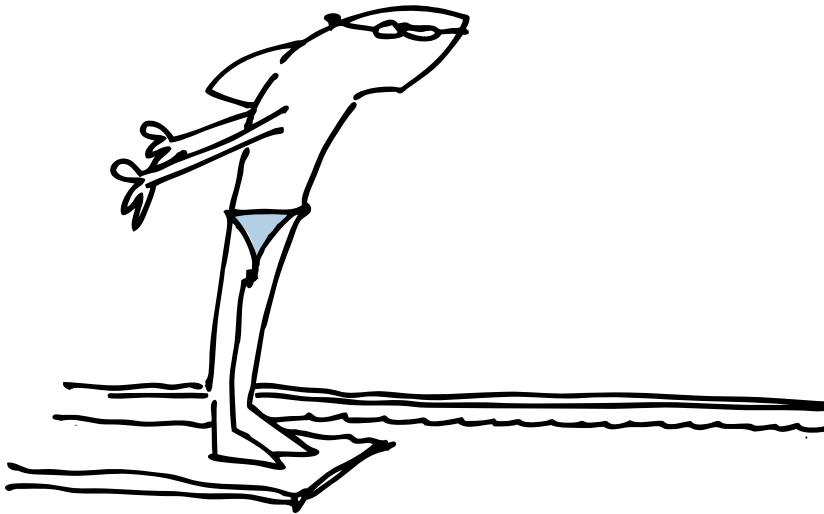
De joven, la gente se detenía a mirarlo. Y escuchaba entonces:

—¡Oh, es tan triste!

Gur Weinberg jamás conoció a su padre. Sólo tenía tres semanas de nacido cuando Moshe Weinberg, el entrenador de lucha israelí en los Juegos Olímpicos de Munich 1972, fue asesinado en el día más triste en la historia del movimiento olímpico.

Munich, 5 de septiembre, 4:30 de la mañana, pabellón 31 de la Villa Olímpica.





Un comando de ocho palestinos pertenecientes a la organización extremista Septiembre Negro irrumpen en el pabellón 31 de una Villa Olímpica que por su enrejado y policías armados parecía más un campo de concentración.

El entrenador Moshe Weinberg reacciona como padre protector, y se interpone entre los fedayines y los atletas, como muro frágil. Al instante se convierte en la primera víctima, es acribillado.

Los segundos que Weinberg logra contener a los terroristas son valiosos para muchos atletas que logran escapar. Diez se quedan en un departamento, a puerta cerrada. El tiroteo sigue y a Joseph Romano, levantador de pesas, lo alcanza

una bala fatal que logra traspasar la madera. No hay defensa posible. Deben dejar hacer a los extremistas. Nueve atletas israelíes se convierten, entonces, en rehenes.

Han pasado 24 años. Y todavía Gur Weinberg y más de una docena de otras personas aguardan alguna forma de reconocimiento del Comité Olímpico Internacional por la muerte de sus padres.

“No deseo tener el sentimiento de que mi padre murió en vano”, decía Weinberg en Atlanta. “Fue parte de la historia. Sería algo triste que haya muerto y no se le reconozca por ello”.

Weinberg fue uno de los 14 hijos de atletas asesinados que

deambularon por Atlanta, en los Juegos del Centenario, tratando infructuosamente de gestionar ante el Comité Olímpico Internacional para que se realizara alguna forma de conmemoración. Ante la negativa sintieron que, en cierta forma, quedaban otra vez huérfanos.

“Pensábamos que iban a recordar, que quizá dijeran algo”, decía Yehudit Salman, hija del asesinado juez de lucha Yosef Gutfreund. “Han recordado todo en relación con el centenario. Pero hay que recordar las cosas buenas y malas”.

“Estos son los niños que han crecido a la sombra de las Olimpiadas”, decía Ankie Spitzer, esposa del entrenador de esgrima Andrei Spitzer. “Yo escuché a Samaranich en la ceremonia inaugural hablar sobre la familia olímpica. ¿Es este el modo de tratar a la familia?”

Aeropuerto militar de Fürstengeldbrück, a 80 kilómetros de Munich. 22:50 horas.

Tres helicópteros descienden. En ellos viajan los terroristas palestinos con nueve atletas israelíes como rehenes.

Ha sido un largo día. Hacia las 7:30, hora del desayuno, los deportistas que se alojaban en la Villa Olímpica –aquellos que no escucharon el tiroteo en la madrugada– se dieron cuenta de que algo raro estaba ocurriendo. Las historias empezaron a correr aquí y allá: un grupo

de terroristas tenía como rehenes a unos atletas de Israel.

Sin embargo, las actividades olímpicas se cumplieron normalmente hasta las 15:30, en que Avery Brundage, presidente del Comité Olímpico Internacional, dispuso la suspensión por 24 horas. Dijo que la muerte de algún atleta decretaría el fin de esos Juegos, palabras que después olvidó.

En el pabellón 31 se vivió en el terror. Los de Septiembre Negro buscaban negociar. A cambio de los rehenes, los palestinos exigían la liberación de doscientos prisioneros árabes de las cárceles de Israel.

Los plazos empezaron a correr y vencerse. El primero, a las 11:00; el segundo, a las 13:00; el tercero, a las 15:00... Al edificio tomado lo rodearon francotiradores alemanes, que esperaban la orden para actuar. La acción tenía sus riesgos, sobre todo uno mayor: llevar a la tumba a los atletas.

A las 22:00 horas, tres helicópteros despegaron hacia el aeropuerto, donde esperaba un avión con destino a El Cairo y cinco tiradores de élite de la policía de Munich. El plan de los alemanes fracasó, y originó la masacre de los rehenes así como la muerte de cinco de los ocho palestinos y un policía. Al parecer, al primer disparo estalló como respuesta una granada en uno de los helicópteros. Ese fue el inicio del tiroteo en el aeropuerto.

Ahí cayeron David Berger, Zeev Friedman, Eliezer Halfin, Mark Slavin, Andrei Spitzer, Amitzur Shapiro, Jakov Springer, Rahat Shorn y Yosef Gutfreund.

Munich, estadio olímpico, 6 de septiembre de 1972. 10:30 horas.

Asisten 80 mil personas a la ceremonia fúnebre. El llanto es fuego común. “The games must go on”, dice Avery Brundage, presidente del COI: “Los juegos deben continuar”.

Sí, el olvido es más tenaz que la memoria, como se lee en la novela *Farabeuf*, de Salvador Elizondo. Por disposición oficial, la tragedia debe ser olvidada.

7. Cassius Marcellus Clay

Es la historia del más grande, el que en el cuadrilátero volaba como mariposa y picaba como avispa. En su vida social también puede ser aplicado ese viejo lugar común, pues el púgil a la vez que crecía en su carrera profesional fue madurando en sus convicciones religiosas y políticas. Así, pueden establecerse asociaciones: Mohammed Alí y los musulmanes; Cassius Clay y Malcom X, tan válidas como las que relacionan a esa figura legendaria con las de Sonny Liston y Joe Frazier.

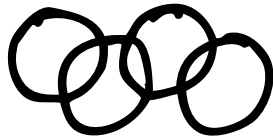
La aparición del ex campeón del mundo de boxeo en el final del camino de la llama olímpica,

en Atlanta, estremeció al mundo. En el *Corriere de la Sera* se aseguraba: “Clay conmueve, pero la piedad por la enfermedad del gran púgil no apaga las controversias sobre su rechazo a hacer el servicio militar”. En *La Repubblica*, también de Italia, se leyó: “El más grande, el púgil que sobre el ring bailaba como una mariposa y picaba como una avispa pedía ayuda porque las llamas le estaban quemando el brazo. Pero en los Juegos, desnudo en su enfermedad, Mohammed Alí ha pegado duro, seguramente más que antes, al demostrar que hay aún cosas que hacen palpar el corazón por algo distinto al miedo”.

Una breve historia del más grande puede ser contada a partir de septiembre de 1954, en Louisville, Kentucky, cuando los hermanos Cassius y Rudolph —de diez y doce años de edad— vagaban desesperados por las calles buscando una bicicleta que les había sido robada. Alguien les aconsejó que visitaran al policía Joe Martin, que atendía el gimnasio Columbia en la parte sur de la calle 4. El rubio Martin escuchó ahí el cuento de las desgracias de los hermanos.

—Si agarro al tipo que me robó la bicicleta —sollozó el hermano mayor—, ¡le daré una paliza!

—¿Ustedes saben boxear? —preguntó Martin—. Los voy a ayudar de esa manera: enseñándoles a boxear.



También puede contarse la vida de Cassius Marcellus Clay II desde el viaje que hace a Roma en 1960 —con 18 años de edad—, como parte de la delegación de Estados Unidos a los Juegos Olímpicos. Medía 1:85 y pesaba 81.650 kilos. El moreno peso semicompleto despachó a Yvon Beaus, de Bélgica, y al soviético Gennadiy Shatkov, en sus dos primeras peleas. En semifinales se enfrentó a Tony Madigan, campeón australiano, en un encuentro difícil que conquistó por puntos. Los jueces sumaron, sobre todo, los jabs izquierdos que Clay incrustó en el rostro estupefacto de Madigan. La gran

final ocurrió el 15 de septiembre de 1960 en el Palazzo dello Sport. Para abreviar, sólo hay que apuntar que el polaco Zbigniew Piertzowski terminó con cortadas en torno a los ojos, la nariz y la boca.

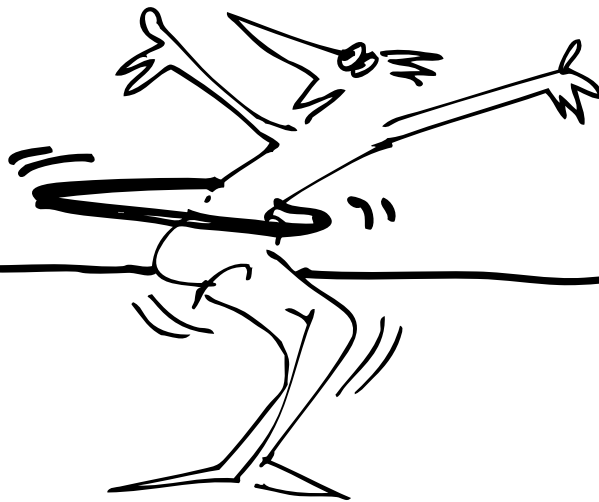
Medalla de oro y humillación de color oscuro. Dice Alí que al regresar a su patria no le fue permitido entrar a un restaurante por ser negro. Entonces tomó la medalla y la aventó al río.

Otro posible inicio, el nacimiento de un campeón en pesos pesados. 25 de febrero de 1964. El salón de convenciones de Miami tiene, ocupados, 8 mil

asientos. Sonny Liston aparece como el favorito, y está 8 a 1 en las apuestas. El sexto round es decisivo, pues en él Liston empieza a ser sacrificado. Clay le llegó a pegar ocho rectos consecutivos hasta que se dobló. El joven peleador pensaba: “Sí, viejo baboso. Intentas ser tan grande y tan malo”. Vino el descanso, y cuando se marcaron los diez segundos de preparación para el séptimo round el campeón escupió el protector, y Cassius Clay saltó de gusto.

—¡Soy el rey, soy el rey, soy el más grande!

La historia, entonces, puede ser relatada de muchas



maneras. ¿Cuándo comienza a vivir un hombre, cuando nace o cuando descubre los resortes ocultos de la vida? ¿Cuando asciende o cuando cae y se refugia en sí mismo? ¿Cuando decide oponerse a las injusticias establecidas?

Cassius Clay desapareció con el nacimiento del musulmán Mohammed Alí. Fue declarado oficialmente “muerto” cuando rechazó el reclutamiento para ir a la guerra de Vietnam en 1967. Volvió a la vida en sus combates con Joe Frazier y Joe Foreman, en 1970 y 1974.

Alí, el más grande. El rey.

8. El corruptutor

En el siglo XXI, hay que prepararse para sobrevivir cada cuatro años a ese espectáculo mercantil y patriotero en que se convirtieron los Juegos Olímpicos, un *reality show* extremo donde los deportistas miden las fuerzas de anabólicos y esteroides ingeridos durante su preparación (en complicidad o por exigencia de los directivos, a quienes se les reclama un show entretenido), y donde los patrocinadores cubren cada centímetro de pantalla con sus logotipos y los locutores ocupan cada segundo de las transmisiones con una hueca retórica “positiva” (al dictado del mejor pos-

tor) y una cultura instantánea sacada de las guías turísticas o los buscadores de internet.

Durante estas jornadas el ánimo festivo impuesto sobre todo por los medios televisivos (que invierten sumas extraordinarias y buscan una audiencia cautiva) es el sentimiento que intenta desarmar a los seguidores “inocentes” de la gesta olímpica y los hace presa fácil de las marcas comerciales y los mensajes.

Habrà, sí, que resistir el bombardeo y parapetarse acaso en la literatura que se ha escrito al respecto, para tener argumentos (aunque sea mínimos) que

servan al contraataque. O sólo por salud mental, digamos.

Antes se afirmaba: “Lo importante no es ganar sino competir”. Ahora debe eso corregirse: “Lo que importa es vender”. ¿Cómo es que los Juegos Olímpicos degeneraron en esa comercialización excesiva que habría escandalizado al mismo Pierre de Coubertin, y con la cual perdieron quizá definitivamente su brújula ética? La historia tiene un nombre: Horst Dassler, que no fue presidente del Comité Olímpico Internacional pero controló el organismo deportivo por varias décadas y fue adaptando, como empresario de la marca Adidas, al COI a sus intereses y a los del gran dinero.

Fue Dassler de los primeros en pagar a los atletas aficionados por debajo del agua (cuando se prohibía toda comercialización, pues se trataba de deporte amateur) para que vistieran la ropa de su sello; fue de los primeros en acercarse a las federaciones deportivas internacionales para establecer convenios subterráneos... Y sus esfuerzos corruptores, o su inversión, digamos, rindió frutos, cuando logró que en la cúpula del deporte mundial se estableciera un personaje afin, un incondicional: el político franquista Juan Antonio Samaranch, que entregó las Olimpiadas a ISL Marketing, empresa de comercialización de Dassler construida a la sombra de los Juegos.

Esto lo relatan los periodistas británicos Vyv Simson y Andrew

Jennings en un libro non grato para el COI: *Los señores de los anillos: poder, dinero y doping en los Juegos Olímpicos*, y sus continuaciones: *Los nuevos señores de los anillos* y *La gran estafa olímpica*, que son lecturas secretas de muchos cronistas deportivos.

Pero el cuento de Horst Dassler se inicia una generación atrás, con su padre Adolph y su tío Rudolph. Leo: “Los dos eran zapateros en el pequeño pueblo alemán de Herzogenarauch. Un día los dos hermanos tuvieron un fuerte altercado. La disputa fue tan terrible que Adolph y Rudolph decidieron no volver a hablarse. Se separaron y fundaron negocios rivales de zapatos en la ciudad, a los dos lados del río Aurach. Rudolph le dio a su negocio de zapatos el nombre de Puma. La compañía manejada por Adolph y su esposa se llamaba Adidas, una combinación no muy ingeniosa de Adolph, conocido por todo el mundo como Adi, y Dassler”.

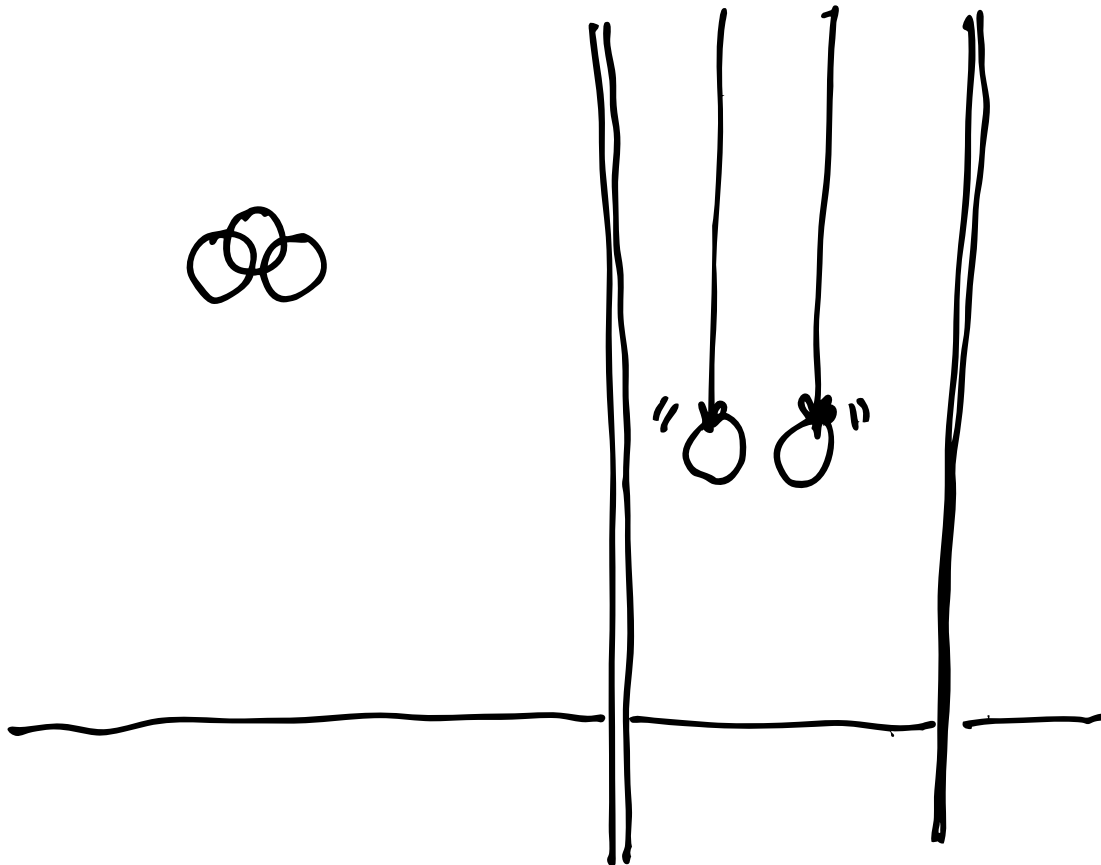
La rivalidad fue heredada. La primera experiencia triunfante de Horst Dassler ocurrió en los olímpicos de Melbourne, en 1956. Su padre lo envió ahí con el propósito de que hiciera todo lo posible para que Adidas se impusiera a Puma. Y a Horst, que era un adolescente, no le costó trabajo vencer a su primo Armin, que hizo el viaje con el mismo propósito pero en sentido contrario. Quizá ahí encontró Horst la explicación de todas las cosas, la llave que lo dejaría

entrar a los Juegos Olímpicos: sobornó a varias personas en los muelles australianos para impedir que se desembarcara el equipo Puma. Fácil, ¿no?

La felicidad, dice un personaje de Hitchcock, no se compra pero sí se le puede sobornar. Ese fue el “ideal olímpico” de Horst Dassler. Y Melbourne funcionó como su línea de salida para una exitosísima carrera corruptora del deporte, en la que impuso varios récords mundiales.

Los Juegos de Atenas fueron descritos por la porra televisiva como un intento por regresar a los orígenes, un posible reencuentro con la pureza olímpica... Lo que implica un reconocimiento: si se está de vuelta en los principios (o al menos se pretende hacerlo creer así) es porque éstos se perdieron en el camino. Pruebas de que el gran dinero transformó a las Olimpiadas están por todos lados; va aquí una: gracias a la Coca-Cola se despojó en 1996 a Atenas de los Juegos Olímpicos del Centenario y se les llevó a Atlanta, como pago del COI por los favores recibidos... Y fue el empresario deportivo Horst Dassler, precisamente, el que más influyó para que decisiones como esa, alejadas de la ética del deporte o de sus tradiciones, imperaran durante la “era Samaranch”.

En las páginas oficiales del COI se habla de Horst Dassler como un “visionario”. ¿Cuál



fue exactamente su visión? El jefe alemán de Adidas se emocionó enormemente durante los Juegos de México 68, que fueron los primeros en contar con transmisiones vía satélite al mundo entero; ahí nació el sueño: que miles de millones de televidentes observaran a los más grandes atletas en el podio de los ganadores luciendo las tres rayas de su marca. Si para hacerlo realidad debía convertir a los dirigentes deportivos en incondicionales, tenía el dinero o los contactos suficientes con que sobornarlos. ¿Su primer aliado? Joao Havelange, que fue presidente de la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA).

En *Los señores de los anillos*, Vyv Simson y Andrew Jennings contaron con el valioso testimonio de Patrick Nally, cercano colaborador de Dassler. Éste refiere que el apoyo de Adidas a Havelange fue decisivo en el proceso para apoderarse del COI: “Una vez adentro de las federaciones, usted ya tiene un pie en el Comité Olímpico Internacional, y eso significa controlar [...] el más grande espectáculo del mundo. Horst quería ser la clave de todo. Quería ser indispensable. Cuando las decisiones se tomaran, cuando alguien quisiera algo, ya fuera dinero o elecciones, él quería ser la única persona a quien se le hicieran las llamadas al final del día”.

La FIFA fue la primera federación deportiva intervenida al cien por ciento por Dassler. Ya para la final del fútbol de Italia 90 los equipos finalistas (Argentina y Alemania), e incluso el árbitro, lucían de pies a cabeza su ropa deportiva. Si Havelange hacía promesas, Dassler se ocupaba de buscar otros patrocinios; la mejor carta fue comprometer a la Coca-Cola para que “apoyara” al balompié. Otro que recibió entrenamiento por parte del empresario alemán fue Joseph Blatter, sucesor de Havelange... Lo que significa que la cadena no se ha roto, pese a que Horst Dassler ya no está con nosotros (como se acostumbra decir en los funerales): su legado, no obstante, permanece.

Y Dassler se apoyó en la FIFA para encumbrar al político franquista Juan Antonio Samaranch, al que llevó en 1980 a la presidencia del COI. Otro que debe aparecer en la fotografía (para completar un cuadro en verdad terrible, digno de una novela de Mario Puzo) es el italiano Primo Nebiolo, por décadas presidente de la Federación Internacional de Atletismo Aficionado (FIAA), hombre capaz de convertir un salto muy corto en medalla de oro a la vista de la concurrencia, por así convenir a sus intereses.

Horst Dassler enseñó a los dirigentes deportivos que vendiendo sus Juegos podrían ellos hacerse multimillonarios. Ese fue su ideal olímpico. ¿Y los atletas? En la batalla por romper récords—pues se trataba de mantener un espectáculo atractivo para televidentes y patrocinadores—, se volvieron peligrosos consumidores de drogas. Sobre este asunto del dopaje el COI ha mantenido un sorprendente doble discurso: lo acepta si no es detectado (y trata de que no lo sea), y lo combate si se le descubre.

miento físico en lo inmediato más les pueden causar daños graves o curiosas transformaciones físicas posteriores. Si no lo hicieran así, si los atletas dejaran de doparse, los récords olímpicos y mundiales acaso se estancarían, y el que las marcas se rompan es uno de los atractivos del espectáculo que presenciamos cada cuatro años durante largas semanas.

El COI presumirá: “Estamos luchando contra el dopaje”, cuando podría decir: “Sólo sacrificamos a algunos com-

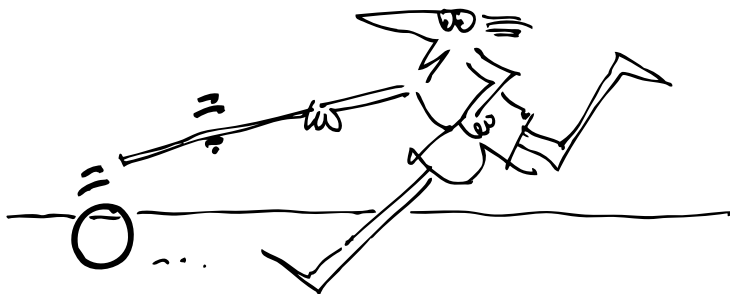
Gur Weinberg jamás conoció a su padre. Sólo tenía tres semanas de nacido cuando Moshe Weinberg, el entrenador de lucha israelí en los Juegos Olímpicos de Munich 1972, fue asesinado en el día más triste en la historia del movimiento olímpico

El gran poder de Dassler crecería a la par de los pagos millonarios por obtener los derechos de transmisión televisiva tanto de los campeonatos de fútbol como de los Juegos Olímpicos. Para monopolizar esos ingresos creó la International Sport Leisure (ISL), compañía publicitaria que tenía como cliente seguro al COI, y que hizo convenios, para los Juegos de 1988, con nueve compañías multinacionales que aportaron más de 100 millones de dólares, menos la comisión de la ISL. Y esto era sólo el principio.

9. La hermandad de la jeringa

Igual que muchos gobiernos seleccionan y exhiben ante los medios algún caso leve de corrupción para ocultar otros mayores y ponerse la careta de honestidad, así el Comité Olímpico Internacional suele dar la noticia de un número reducido de deportistas cuyo resultado fue positivo en la prueba de doping, y lo hace para esconder lo evidente: que gran parte de ellos recurre a esas sustancias que se suelen llamar “prohibidas”, y que les ayudan a mejorar su rendi-

petidores para dar la apariencia de que nos oponemos al doping, pero no queremos que la gente deje de interesarse por unas Olimpiadas donde no se luche al límite de la resistencia”. Esto, si existieran la honestidad o la sinceridad o la ética olímpicas... Y no prevaleciera el interés comercial. Presentar demasiados casos de dopaje ensuciaría las Olimpiadas y reduciría el número de patrocinadores y espectadores del siguiente festival deportivo, cuatro años más tarde, pero la idea de que se asiste a un mero simulacro



parece señalar hacia algo más delicado: se estaría ante situaciones de enfermedades provocadas con fines lucrativos.

Para crear la ficción de la “guerra contra el doping” se monta un espectáculo médico paralelo a las justas, y se le muestran a la prensa sofisticados laboratorios donde la pureza deportiva es preservada.

Entre los casos que han sobresalido está la corredora Florence Griffith-Joyner, que en un par de años pasó de un desempeño poco notorio a ser una de las favoritas en Seúl, donde ganó tres medallas y estableció dos marcas mundiales. Siempre se sospechó que tomaba anabólicos. Murió prematuramente en 1998.

Su consejero en la transformación física fue el célebre velocista canadiense Ben Johnson, quien, según los periodistas Vyv Simson y Andrew Jennings, cometió en su breve carrera atlética tres errores garrafales: tomó esteroides, lo descubrie-

ron y luego exigió una investigación para limpiar su nombre. El gobierno de Canadá le hizo caso en esto último, y nombró al juez Charles Dubin para presidir una comisión investigadora. El resultado mostró una red de complicidades en torno a “La hermandad de la jeringa”, los atletas que se entrenaban con Charlie Francis.

Se lee en *Los señores de los anillos* que el juez canadiense arrasó sin contemplaciones los mitos que construyeron durante mucho tiempo los presidentes deportivos. Dubin puntualizó el engaño que había sufrido el público. Cuestionó las estadísticas reveladas por el COI donde se muestra que apenas un puñado de competidores ingiere drogas. Según Dubin, “estos datos se han utilizado confusamente en varios intentos por demostrar que el abuso de las drogas afecta tan sólo a un pequeño porcentaje de los atletas”. Encontró a un Comité Olímpico Internacional más atento a las apariencias que preocupado por el fondo del asunto.

Entre los atletas hay un dicho: “Sólo los descuidados o los enfermos se dejan descubrir”. El informe de Dubin recibió respuesta por parte de Arne Ljungqvist, director sueco de la comisión médica de la Federación Internacional de Atletismo Amateur, quien se escudó en las estadísticas de los Juegos de Seúl: mil 600 atletas se sometieron a las pruebas y sólo diez de ellos arrojaron resultados positivos. El juez Dubin le respondió así: “El doctor Ljungqvist y otros saben que las pruebas dentro de la competencia no detectan a todos los atletas. Sin embargo, él utiliza las pruebas dentro de la competencia para medir el alcance del doping en Seúl. Las pruebas han demostrado que los atletas descubiertos en Seúl no eran los únicos usuarios. Demuestra simplemente que fueron los únicos descubiertos”.

En la preparación los deportistas y sus médicos tienen vía libre para la experimentación; en los días de competencia deben tener la astucia para que lo consumido desaparezca del organismo... ¿Desaparezca? Simson y Jennings se sorprendieron al encontrar en una reunión del COI a una campeona olímpica, a la que describen en su libro como “una mujer con una barba más larga que la mayoría de los hombres presentes”, y que se paseaba muy campante entre los federativos. A su manera, esta dama barbuda también representa el ideal olímpico. **B**